

LAS DOS MANOS DE CERVANTES

BLANCA BRAVO

LAS DOS MANOS DE CERVANTES



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: septiembre de 2022

© Blanca Bravo Cela, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6403-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14797-2022

Impreso en España

*Para Francisco Bravo López, mi padre.
Porque siempre supo quién era.*

«Si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado español llamado tal de Saavedra hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia».

Miguel de Cervantes,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

«Les narró anécdotas de sus viajes, algunas inverosímiles y verdaderas, otras creíbles y falsas».

Andrés Neuman, *El viajero del siglo*

Nacido en la mitad del siglo XVI, el hijo de un humilde cirujano está destinado a fracasar en el ejército. Ese revés militar es el secreto de su gran logro: un montón de pliegos de papel en blanco que le están esperando.

Sayb ab-dira' (I)

Lepanto, 7 de octubre de 1571. La batalla de la que puedo hablar

El día ha amanecido gris y mi cabeza, cargada de fiebre. Dormito en una de las sucias hamacas que cuelgan en la abarrotada bodega del barco. Llevo aquí toda la noche, entre cajas y baúles, armas y mercancías. El mar enfadado zarandea la nave. Todo me da vueltas. Son ya varios días con temperatura alta y un intenso dolor de cabeza. Cierro los ojos, aprieto los párpados y me obligo a dormir, pero no lo consigo.

Al cabo de un rato, oigo gritos en cubierta. Están llamando a los soldados; nos llaman a ocupar los puestos. Parece que la lucha es inminente. ¡He de subir! Hemos estado jugando al ratón y al gato con nuestros enemigos demasiado tiempo por todo el Mediterráneo. Sé que estábamos a punto de abandonar la misión porque no dábamos con ellos. Intuyo ahora, por el nerviosismo de las voces, que los tenemos a la vista. Como puedo, me incorporo, me recompongo las ropas y el uniforme. El coselete se me resbala de las manos, torpes.

—¡Miguel! ¡Tienes que quedarte aquí! Estás ardiendo de fiebre.

Entiendo por la mueca en su cara que mi hermano Rodrigo me está gritando, pero lo escucho muy lejano. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí, conmigo, en la humedad de la bodega.

—Vuestro hermano tiene razón. No es prudente. Es mejor que descanséis. No subáis.

Ahora quien habla es el físico de la galera. Tampoco a él lo había visto antes. Me dice que no suba... ¿No subir a cubierta? ¿Cómo desperdiciar una ocasión como ésta? ¿Quedarme tumbado? ¿Un soldado como yo, a punto de cumplir su primera misión oficial formando parte de una liga? Y no de una liga cualquiera..., ¡de la Santa Liga! ¡La coalición entre España, Venecia y el papado combatiendo a los herejes musulmanes! ¿He de quedarme aquí abajo, descansando? Ni hablar. No. Voy a subir.

—¡No! ¡Voy arriba!

Sin detenerme a escuchar sus quejas, me coloco el peto, cojo las armas y echo a correr hacia la escalerilla. Una vez en cubierta, el aire del mar me reconforta. Inspiro profundamente, hasta llenar los pulmones con el frescor de la mañana. No deben de ser más de las nueve o las diez. Me abandono unos segundos en el olor de la sal, en el sabor de la saliva impregnada de sal y en el rugido de la furiosa agua salada. Todos mis sentidos se despiertan al momento. Sigo las indicaciones de los mandos. Me han colocado en el lugar más peligroso, en la torreta de proa, a estribor; y estoy preparado para el enfrentamiento.

Me sitúo delante de los arcabuceros. Sé que el lugar que me han asignado está entre los que lanzan bombas incendiarias. Me acerco al extremo dando tumbos, procurando mantener el equilibrio ante el envite de las olas. Si caigo al mar, las posibilidades de sobrevivir son pocas, especialmente por el peso de las piezas metálicas de protección que llevo puestas. Me tiemblan las piernas por la tensión, y por la fiebre, pero sigo hasta que el salpicar del agua moja mis pies. A mí, como me consideran un novato, me han adjudicado el lanzamiento de piñas. No soy novato, sino un soldado ya experimentado, y no estoy de acuerdo..., pero lo acepto, porque ellos no lo saben. Mi tarea consiste en entretener al enemigo mientras los nuestros preparan sus armas, pues la carga del arcabuz requiere dedicación y habilidad. Así, mientras unos cuantos vamos

lanzando objetos cerámicos con explosivos en su interior, les damos tiempo para aparejar el arma.

El timonel maniobra con maña para situar la nave frente a la media luna de barcos turcos que se han colocado con celeridad frente a nosotros. Nuestra disposición será en forma de cruz. Cada uno con su religión a cuestas, frente a frente.

Los cercamos poco a poco hasta que no tienen escapatoria, y nosotros, tampoco. Nos estamos aproximando demasiado, peligrosamente, a ellos. Empiezo a distinguir sus rostros desencajados por la tensión del momento. Llevan menos protección metálica que nosotros, porque prefieren tener la opción de nadar si caen al agua.

—¡Bogando a toda palamenta!

Como si todo hubiera estallado de repente, rompiendo el zumbido constante que me ensordecía en la bodega, escucho los gritos desesperados de los que se encargan de tomar las decisiones: «¡A toda palamenta!». Los galeotes bogan en popa, en mediana, y enloquecidos en proa. Todo se sucede con una tremenda rapidez. La flota entera, no sólo nuestro barco, se agita tanto que las naves parecen garbanzos dentro de un enorme puchero hirviendo. Doscientos cincuenta navíos, cargando con noventa y tres mil hombres preparados para matar y dispuestos a morir.

«¡A toda palamenta!». Y los remeros obedecen la orden. La chusma rema con rabia, deseando ver cómo miramos directamente a los ojos de la muerte; nosotros, los hombres de la guerra, los que caminamos libremente por la nave. Ellos nos odian. Son presos, obligados a vivir amarrados a su banco, moviendo remos pesadísimos, cagándose y meándose encima durante semanas, heridos permanentemente por la argolla de la cadena que les rodea el tobillo. Reman con furor, para que muramos. Los miro un momento —rapados de cabello y barba, sucios e infectados, llena la boca de llagas— y distingo la rabia en sus ojos encendidos. No es la primera vez que veo esa mirada de odio.

Vuelvo a concentrarme en los barcos enemigos. Estamos demasiado cerca. Casi nos rozamos.

—¡Van a abordarnos! ¡Virad! ¡Rápido! ¡Virad!

Pero es tarde. «¡Virad! ¡Virad!». No hay tiempo. Una ráfaga de flechas, como una nube de serpientes negras, nos alcanza. Los turcos tienen por costumbre envenenarlas. Procuro evitar que me alcancen protegiéndome con la rodela. Alrededor, gritos. Seguro que alguna ha acertado en el blanco. Confusión y estruendo por toda la cubierta. La batalla ha comenzado.

Un golpe tremendo casi me hace caer al agua en el momento en que chocan las naves. El paso a pie de una a otra resulta sencillo. Deja de ser una batalla marítima para convertirse en una terrestre, sobre la cubierta, sin agua de por medio. Y todo sucede con una rapidez vertiginosa.

Enormes nubes oscuras de pólvora me impiden ver lo que tengo delante. Miro hacia atrás, agachado, a nuestros soldados que disparan el arcabuz con decisión. Yo sigo lanzando piñas, aunque ya no veo hacia dónde. La oscuridad de la pólvora se ha extendido. El sol tampoco ayuda. Entre las nubes oscuras que se van formando por los disparos, se cuelan rayos cegadores; y también se cuelan por entre las otras nubes, las del cielo, que han empezado a abrirse. La luz me deslumbra y el ruido me aturde: el retumbar de los chillidos de los que mueren, el resonar de las armas y, sobre todo, el rugir del mar embravecido contra las cáscaras de nuez en que se han convertido las galeras. Miro hacia el agua y veo cómo una pequeña mancha roja de sangre se va extendiendo. Me resulta una imagen casi poética, porque pienso que ese carmesí es el de nuestra sangre, moros y cristianos, sin diferencia. Hay turbantes flotando sobre el agua, cuerpos medio hundidos con flechas clavadas, algunas en los ojos, trozos de madera...

De pronto, un agudo impacto en la mano izquierda me obliga a salir de mi fugaz ensoñación. Vuelvo la vista. Está destrozada, algún hueso astillado sobresale de entre la carne san-

guinolenta. ¡Me han dado! Me sorprende no tener miedo, que no me duela. Y, entonces, dos golpes más. Una vez, dos. Caigo, derrumbado. Ahora me han herido en el abdomen.

Tengo el tiempo suficiente para pensar que, si me hubieran disparado a bocajarro, ya estaría muerto, pero la carga debía de venir desde lejos y no muero enseguida. En el suelo de la cubierta, boca arriba, el cielo me cubre desde lo alto con el paso de las nubes, ahora blanquísimas, que navegan más allá de la oscura humareda. Ridículamente, en ese momento tan grave, me quedo colgando de la imagen del firmamento, que me parece preciosa, como me quedé embelesado con otras nubes del pasado, mientras murmuro alguna plegaria aprendida de memoria en la niñez. Y pienso, también, que podía haber sido un buen escritor; que, por lo menos, podría haberlo intentado. Tampoco he realizado todavía hazañas militares que pueda contar, acaso ésta, que será póstuma. Intento reír antes de morir. Puede que me salve reír de lo que no provoca risa: de la tragedia, de la falta de esperanza, de lo terrible que resulta que una mañana de octubre se derrame sobre la cubierta de una galera mi vida de veinticuatro años recién cumplidos.

–*Sayb ab-dira!*

Me sorprende el reflejo brillante de una afilada daga ante mis ojos. Alguien me grita al oído eso una y otra vez: «Sayb ab-dira! Sayb ab-dira!». Lentamente, giro la cabeza hacia quien me lanza su aliento fétido a la cara. Ahora el dolor de la mano es tan intenso que resulta insoportable. Me retuerzo. Mil calambres me suben hacia el hombro. El hombre de piel de bronce sudorosa que se ha arrodillado junto a mí grita otra vez; señala el muñón sanguinolento en que se ha convertido mi mano izquierda

–*Sayb ab-dira!*

No entiendo bien lo que dice. ¿*Sayb ab-dira*? ¿Saivedra? ¿Sa Avedra? ¿Saavedra? ¿Me llama a mí? ¿Por qué grita? ¡Si me quiere matar, que acabe de una maldita vez! La cabeza parece

reventar, la fiebre debe de haber subido, apenas puedo respirar y el dolor de la mano me paraliza. Otra vez brilla la daga ante mis ojos. Percibo muy de cerca su olor rancio a sudor. Y dentro de mis oídos estalla una y otra vez, en repetida cadencia, esa extraña expresión. Lo último que veo antes de cerrar los ojos es la cara del hombre que me va a matar. Un último grito; y, al fin, el silencio y la oscuridad.

Soldado aventajado

Mesina, noviembre de 1571. Unas semanas después

No he muerto. Aquí sigo. Al abrir los ojos, recién revivido de un letargo cargado de pesadillas, recuerdo vagamente lo ocurrido: el rojo intenso de la sangre en el mar durante la batalla, el dolor en la mano, el olor y el sabor de la sal, el hedor putrefacto de aquel aliento...

Miro a mi alrededor. Hay muchas camas alineadas con la cabecera contra la pared. Las sábanas, con manchas de sangre, pus y orín, caen con descuido hasta tocar el suelo. Veo a hombres que gimen y se quejan de su dolor. Estoy en un hospital, en la sala enorme y fría de un hospital. Procuro reconocer a alguien. Busco con la mirada a mi hermano, pero no está aquí; tampoco encuentro ningún otro rostro que me resulte familiar. Un abultado vendaje me cubre la mano izquierda. Me duele, y también me duele el pecho. Con la mano sana, me toco el vendaje; llega hasta la cintura, y está bien trabajado, procurando no apretar en las heridas. Me cuesta respirar. Sin energía para levantarme, cierro los ojos y me vuelvo a dormir.

Cuando despierto de nuevo, el sol de la mañana que entraba por la ventana ha sucumbido a las lúgubres penumbras que ahora dominan la estancia. Ha anochecido, pero, en cambio, ahora junto a mí sí veo un rostro conocido que me sonrío. Sé quién es. Hemos luchado juntos, hemos mirado a la muerte a la cara, y él siempre sonreía, como ahora. Puede que yo esté, otra vez, a punto de morir.

–De buena os habéis librado, caballero de los tres nombres.

Lo miro con fijeza, quizás excesiva dado el contraste entre su nobleza y mi humilde condición de soldado. Me guía la osadía de haber escapado a las garras de la muerte. «Caballero de los tres nombres», me ha llamado. Mi mente viaja tiempo atrás y me recuerda que admiro a ese tipo, pero que también, en terrible paradoja, lo desprecio por aquellos hechos terribles de un pasado no tan lejano.

–¿Lo decís en serio, majestad? ¿Me he librado?

Me observa con agrado. Sé que le gusta que lo llame majestad, aunque no sea rey ni príncipe. Su hermano le niega el tratamiento, pero yo siempre lo he llamado así: «majestad». No en balde, el hombre que tengo delante y que me mira con benevolencia es don Juan de Austria, el hermanastro del rey Felipe II. Hermanos de padre y con madres diametralmente distintas, son personas también muy diferentes. Prudente, mediocre y legítimo uno; arrojado, apuesto y bastardo el otro.

El rey Felipe ha utilizado a su medio hermano, este hombre valeroso, para apagar los dos fuegos que más se le resistían: la revuelta morisca en la Alpujarra y la batalla contra el turco. Y Juan de Austria lo ha hecho bien, tan bien que desea más reconocimientos, más poder. El rey lo sabe, pero le niega el título que lo vincula al linaje real, para que no se crea con derecho alguno.

–Los físicos así lo afirman –me contesta con tono grave, ajeno a mis pensamientos–. Os recuperaréis. Claro que lleváis delirando semanas, y parece que la mano izquierda no os va a servir demasiado en adelante...

«La mano izquierda no me va a servir...», susurro para mí. Los pinchazos empiezan a ser otra vez insoportables, como cuando perdí el conocimiento. Miro las vendas manchadas, tratando de aguantar el dolor.

–¿Y mi hermano? ¿Qué ha sido de Rodrigo? ¿Acaso murió en la batalla?

–Vuestro hermano está bien. Ha venido a veros en varias ocasiones, pero o dormíais o delirabais. Vos sois el peor parado, pero los dos seguís con vida. Habéis tenido suerte. Aquel día murieron muchos hombres.

–¿Dónde estamos?

–Estáis en el hospital.

–Pero ¿dónde? –insisto, pensando que tal respuesta se la podía haber ahorrado.

–En Mesina. Tenemos aquí un campamento en el que nuestros soldados se preparan para nuevas incursiones. Ahora están descansando. Se lo merecen. Lo de Lepanto ha sido muy duro.

Lepanto. El agua teñida de rojo; el cielo rojo. Juan de Austria me explica que los caídos en la batalla se cuentan por miles y miles de hombres, de uno y otro bando. Aunque los enemigos salieron peor parados. Veinticinco mil muertos en las tropas turcas, ocho mil en las nuestras. Soy uno de los más de diez mil que han resultado heridos. Nuestras naves, me cuenta, parecían erizos al arribar a puerto, por la cantidad de flechas clavadas; pero ellos han perdido casi toda su flota. Afirma con soberbia que ha sido un encuentro legendario, que con esta victoria hemos hecho historia.

–¡Nos recordarán durante siglos! –exclama con un orgullo que se contagia.

Sin embargo, poco después matiza que la batalla fue épica, sí, pero que, en realidad, no hemos conseguido detener el avance de la hegemonía turca en el Mediterráneo. Aunque la batalla ha sido un duro golpe para ellos, siguen siendo fuertes.

Nosotros debíamos ganar para salvaguardar al mundo cristiano. Si hubiéramos perdido, en estos momentos, tanto España como Italia sufrirían una situación crítica en todos los frentes. El Mediterráneo sería turco, y España se hubiera quedado sin sus mejores soldados, marinos y almirantes, pues estaban jugando la vida en Lepanto. Y no sólo los turcos hu-

bieran sido una amenaza directa, también Inglaterra, Francia, Alemania y Flandes tendrían vía libre para atacarnos sin encontrar demasiada resistencia, puesto que nos hubiera quedado una flota muy enclenque y seríamos presa fácil. La victoria era obligada para sobrevivir.

–Os voy a declarar soldado aventajado, Cervantes.

Lo miro ahora con humildad.

–No quiero ofenderos, vucencia, pero... ¿ha de servirme de algo ese honor?

He adelantado hacia él mi mano estropeada, la que él mismo acaba de decir que no me ha de servir. Un pinchazo cada vez más agudo me obliga a callar, y contraigo el rostro en un gesto de dolor. Recuerdo la imagen de los huesos astillados rompiendo la carne; trozos blancos y blandos de cartílago se confundían con los huesos rotos y ensangrentados. Ahora esa mano es un muñón de vendas amarillentas con manchas de color granate oxidado. Se la pongo ante la cara y repito la pregunta:

–¿Me ha de servir ese honor?

–¡Den algo a este hombre para calmarle el dolor!

La orden de Juan de Austria obtiene respuesta en forma de vino. Una enfermera trae un cuenco lleno, que bebo con fruición. Él espera a que apure el líquido avinagrado, que arde en mi garganta.

–El ejército os necesita –añade, serio–. ¡Yo os necesito! ¿Acaso habéis olvidado nuestras aventuras en Galera? ¿En Serón?

¿Cómo olvidarlas? Galera. Serón. ¿Cómo olvidar la crueldad que se apoderó de su mirada? ¿Cómo olvidar los gritos de los niños descuartizados o el olor de la mujer de canela?

–¿Las habéis olvidado? –insiste.

Lo ha preguntado con ternura. A mí, por lo menos, me parece que lo ha repetido con ternura.

–Vucencia, nunca podré olvidar lo que nunca podré explicar.

El hermanastro del rey ahora vuelve a sonreír. Comprometido a guardar silencio acerca de su crueldad, me convengo de que es mejor así. Podré seguir colaborando con él en el futuro. Además, en cierto modo, ya me resarcí. Lo observo con el temor de que esté leyendo mis pensamientos y distinga mi traición.

–Bien, bien... –dice, alejándose de mí al fin–. En cuanto salgáis de aquí, os diré cuál es vuestra próxima misión.

Mi mirada va tras él, sigue su caminar majestuoso hacia el fondo de la sala, lo acompaña hasta la puerta. Me deja solo con esos recuerdos que tengo prohibido explicar.

Me incorporo. El alcohol va amortiguando lentamente el dolor. Ruego a una enfermera que pasea entre los heridos que me acerque mi bolsa. Ella, sonriendo, se agacha y coge de debajo del camastro el hatillo roñoso que contiene mis escasos objetos personales. Me lo entrega con una sonrisa y valora los vendajes, que deben de parecerle bien porque no los cambia ni dice nada. Se va con la misma discreción con la que se había acercado. Ya a solas de nuevo, saco uno de los dos papeles arrugados que me acompañan desde hace un par de años. Lo despliego y fijo la vista en el garabato, con el mismo interés de aquel primer día que lo vi en Roma.

ةغل

Ahora lo entiendo; aquel día, no. Ahora sé qué significa, y también sé que esa palabra me define. Suspiro. Lo doblo y lo vuelvo a dejar dentro de la bolsa, junto al otro. ¿De verdad? ¿De verdad nunca podré explicar todo lo que ocurrió?

El profesor de árabe

Roma, otoño de 1569. Dos años antes

Huí a Roma a toda prisa hace sólo unos meses. O me iba de España o me cortaban la mano derecha. Todo por un duelo, una travesura de taberna, una tontería de bocas que se calientan al discutir y la soberbia de demostrar quién tiene razón en una disputa ridícula. Con las espadas en el aire, me quedé colgando de las nubes del amanecer y, casi sin darme cuenta, el filo de mi hoja rajó la mejilla del otro. Hubo sangre. Los duelos están prohibidos, así que la justicia me citó. No me presenté, porque no quería ir a prisión. Estuve escondido algún tiempo hasta que me enteré de que habían declarado mi búsqueda y captura. Por desobediencia, me condenaban a diez años de destierro y a que me fuera cortada la mano derecha con vergüenza pública.

Entonces, ayudado por mis padres, tracé un plan. Iría a Sevilla. Allí contactaría con un familiar, con quien viviría a escondidas un tiempo mientras me conseguía documentación con un nombre falso y un pasaje para poder llegar a Italia, donde la justicia española no podría ejecutar la sentencia. Desde Sevilla, siempre de incógnito, viajaría por caminos recónditos hasta Valencia, y de allí a Barcelona, donde embarcaría con destino a Roma para ponerme al servicio del cardenal Acquaviva.

Recuerdo bien la mañana del día que me fui «Ten cuidado. Llévate esto». Las manos de mi madre temblaban. «Gracias, madre». Las monedas tintineaban dentro del saco de piel.

«¡Escóndete bien, hijo!». La mirada de mi padre dejaba entrever el miedo. «Le daré cuenta, padre, de dónde me encuentro». Él estaba muy serio, como nunca lo había visto. «Está bien, pero ahora ve directo a Sevilla. Todo está arreglado. Tu tío te espera». Mis padres hablaban con nerviosismo contenido, y yo asentía con un gesto de la cabeza a todo lo que decían. Ellos me dieron una instrucción tras otra, hasta finalizar con un «¿Entendido?» cargado de lágrimas. Yo los miré fijamente, intentando aguantar las mías. Repuse únicamente: «Entendido», y salí a la calle cuando ya el ajetreo de los mercados había empezado y las gentes iban y venían por las calles, procurando pasar desapercibido entre el bullicio. Me dirigí hacia las afueras para recorrer, ahora en dirección contraria, los caminos por los que había entrado a la villa pocos meses atrás.

Todo fue como estaba previsto en el viaje, pero, una vez en Roma, no. Debía, sencillamente, servir al cardenal desempeñando un discreto cargo como funcionario burocrático, pero las cosas se precipitaron. En España, temían que un levantamiento morisco pusiera en una situación comprometida a la corona. Los rebeldes resistían con éxito en algunos pueblos del sur, en la zona de la Alpujarra, y el rey quería poner freno a una posible invasión por parte de tropas árabes. Sus informantes le habían contado que estaban planeando reconquistar desde dentro la tierra que ellos llamaban Al-Andalus. Grupos de rebeldes se estaban atrincherando y recibían refuerzos, en forma de soldados y de armas, llegados desde Argel y Constantinopla. Incluso había grupos de guerreros de élite que se estaban preparando para plantar cara a los enviados del rey Felipe, quien temía una guerra intestina.

Esto me lo explicó el cardenal Acquaviva al poco de mi llegada.

–¿Y bien? –me preguntó, una vez expuesta la situación–. ¿Qué opináis?

–¿Qué puedo hacer yo, vucencia? –No entendía qué quería que dijera.

El cardenal Acquaviva, tan joven como yo, alto y delgado, me miró con sorpresa.

–Tenía entendido que os habíais puesto a mi disposición...

Estaba a su disposición, sí..., pero en Italia. Yo sabía, y él también, que no podía regresar a España por un período de diez años, y no había transcurrido ni uno. Si lo que quería era enviarme a Argel o a Constantinopla, la idea me parecía descabellada. Y si, en fin, lo que me estaba pidiendo era consejo, tampoco podía ayudarlo, porque de la situación en la Alpujarra sólo conocía lo que él me acababa de explicar. Estaba francamente desconcertado.

–Sí, claro, vucencia. Estoy a vuestro servicio.

–Bien, pues... os necesitamos para luchar contra los moriscos.

–Nunca he participado en una batalla. –Se me ocurrió poner una objeción práctica.

–No os necesito en el frente.

Pensé entonces en que debía recordarle la orden de destierro que pesaba sobre mí.

–Pero... Vos sabéis que he venido huyendo de España. Mi familia y yo os pedimos protección.

–Hay muchos modos de regresar.

Lo miré con curiosidad y preocupación. Seguía muy confundido.

–Veamos... No tiene por qué viajar Miguel de Cervantes Cortinas –se explicó–. Fuisteis capaz de salir del puerto de Barcelona sin que nadie os interceptara. Estoy seguro de que podréis volver a hacer lo mismo en la dirección contraria.

La idea de embarcar de nuevo no me seducía, pero no podía hacer otra cosa que obedecer. Estaba en sus manos.

–¿Y cuál es mi misión exactamente? ¿Qué necesitáis de mí?

–Necesitamos que seáis nuestro espía. –Al momento, tan pronto como pronunció esas palabras, se rio de mi cara, que debía de ser de sorpresa total. Parecía estar divirtiéndose–. Si

cumplís bien este encargo, conseguiré del monarca español que os sea perdonada vuestra deuda para con la corona. ¿Qué os parece?

–Parece un buen trato, sí.

–Sólo hay un pequeño inconveniente.

–¿Cuál es?

–¿Conocéis el árabe? ¿Conocéis la lengua aljamiada?

Mi sorpresa iba en aumento. Incluso a los moriscos les está prohibido hablar árabe en España. ¿Cómo iba a conocer el árabe, yo, que soy cristiano?

–No, no la conozco.

–Pues bien, entonces necesito dos cosas de vos. Para que podáis servir a la Iglesia no puede haber duda alguna de que tenéis fe, así que vuestra familia debe enviarme un documento que demuestre la limpieza de sangre...

–Lo entiendo. Lo solicitaré.

–Y la segunda... es que debéis aprender árabe.

De nuevo, me resultaba imposible disimular mi asombro.

–¿Aprender árabe?

–Lo necesitaréis para cuando os infiltréis. Debe ser verosímil que sois uno de los suyos.

¡Infiltrarme! Sonaba muy arriesgado.

–¿Conforme?

Dudaba que pudiera negarme. Mientras, el cardenal me miraba con impaciencia. Volvió a preguntar, entonces con un tono enfadado:

–¿Estáis o no estáis conforme?

No me indicaba exactamente adónde debería ir y qué es lo que debería hacer. Sin embargo, su mirada iracunda exigía una respuesta inmediata.

–Estoy conforme, vucencia.

Así que solicité el documento de limpieza de sangre a través de mi familia y me dediqué meses enteros a aprender árabe de la mano de un maestro, como me anunció el cardenal con tono de triunfo: ¡El gran Giordano dal Ricote!

Las clases ciertamente resultan sugerentes y llenas de curiosidades. La estancia en la que me enseña su lengua es una extensión de la biblioteca, una pequeña sala anexa con paredes forradas de libros que descansan en estantes artesonados de roble. Una enorme mesa de madera maciza acoge los volúmenes, legajos y manuscritos que utilizamos para que yo avance en el conocimiento del idioma.

Ricote me enseña cómo dibujar esas grafías tan peculiares, con determinados y seguros movimientos de la mano, de izquierda a derecha. Me explica la ausencia de vocales y mayúsculas. Me introduce en la hermenéutica de los textos. Y, en definitiva, me enseña a amar esa lengua. Aprendo mucho, y rápido. Sin embargo, el misterio que quiero descifrar todavía no aparece.

El enigma se remonta a la misma noche del día en que llegué a Roma, cuando me pasaron un papel con un garabato bajo la puerta: una palabra árabe; toda una incógnita para mí. Ese arabesco sin sentido me persigue día y noche, pero no me aventuro a preguntar a mi maestro qué significa, entre otras cosas porque imagino que fue él quien me lo hizo llegar y pretende que lo averigüe por mí mismo.

Estaba intentando dormir tras el viaje ajetreado y agotador que me había llevado a Roma, cuando oí tres golpes en mi puerta. En la duermevela, pensé que quizá lo había imaginado, o que tal vez formaban parte del sueño que ya me estaba atrapando. Pero no; los golpes habían sido claros, secos y rotundos. Me levanté, me cubrí con una sábana y abrí la puerta. No había nadie. Incluso me aventuré a salir y recorrer el pasillo, iluminado sólo por la vela que reposaba prendida en uno de los muebles que se apoyaban contra la pared. Sin embargo, estaba desierto. Cerraba ya la puerta cuando vi en el suelo, bajo mis pies, el papel con aquel dibujo árabe.

Aunque no tengo la certeza, estoy casi seguro de que es él quien lo coló en mi alcoba. Puede que quisiera acicatearme a estudiar colándome una palabra misteriosa que, imaginaba, querría descifrar. Lo cierto es que espero con ansia el momento en que alguno de los dibujillos que el maestro me va enseñando coincida con el que figura en la nota anónima.

–Repetid conmigo: ‘*alif*...

Su voz es grave, con un tono profundo que la carga de misterio. Parece sentenciar cada vez que habla.

–‘*Alif*...

–*Bâ*...

–*Bâ*...

Me esfuerzo en repetir cada letra con la misma entonación que le da él. Aún estoy aprendiendo las herramientas básicas, las letras: desde ‘*alif* hasta *yâ*’. Al llegar a la última, mi maestro le da siempre una melodía especial, lo que significa que hemos terminado la serie. Entonces, volvemos a empezar.

Giordano dal Ricote es un tipo curioso. Tiene algunas manías que al principio me parecieron ridículas, sin embargo, dado el rigor con el que veo que las ejecuta, han acabado por resultarme trascendentes. Algunos de estos rituales tienen que ver con el papel. Siempre, tras abrir un libro y antes de leerlo, lo huele. Se queda un momento con los ojos cerrados y se regodea en el olor de las páginas, como si estuviera en medio de un prado de flores en primavera.

Otras peculiaridades suyas se dan cuando compartimos el almuerzo. A menudo, para no perder tiempo, comemos juntos en la misma mesa de estudio. Un criado nos sirve las viandas. Él siempre toma sopa hirviendo. Esa costumbre, invariable, sea el día frío o cálido, la desempeña como si se tratara de un oficio religioso. Yo me entretengo con el filete o las patatas asadas que llenan mi plato, mientras él, día tras día, sorbe con fruición el caldo con una cuchara que saca de entre sus ropas. Nunca come con otra que no sea esa cuchara metálica. A mí me sorprende que no se queme, pero nunca se que-

ja. Y, en tanto sorbe caldos de ave o de pescado, explica pasajes literarios o comenta rincones filológicos en los que se esconden excepciones de la lengua.

En una de las sesiones, cansado ya de la lección, me atrevo a empezar una conversación distendida que esconde mi interés verdadero: saber para qué exactamente voy a necesitar el árabe.

–Maestro, ¿sois el único aquí que habla esta lengua? No he oído a nadie más utilizarla.

–Bueno... Muchas veces, las cosas no son lo que parecen.

–Siempre habláis con enigmas.

–No es un enigma, sino la idea clave: las cosas no son sencillas. Algo que parece blanco puede ser negro, y al revés.

Como no comprendo sus referencias, opto por ser más directo:

–¿Sabéis dónde quiere el cardenal que me infiltre?

–No tengo esa respuesta.

Muestro un gesto de desaliento. Me siento confuso. El maestro me reconviene, porque dice que no mantengo la misma atención que demostraba en las primeras clases. «Tengo la impresión de que estáis perdiendo el interés», añade. Y entonces Giordano dal Ricote baja el tono de la voz, como para indicar que está entrando en el terreno de las confidencias. Por su mirada cómplice, supongo que me va a explicar para qué me necesita el cardenal y por qué la necesidad del árabe.

–Mirad, esta lengua os puede servir para esconder información.

–¿Es que tendré que esconder información? –me atrevo a preguntar.

–¿Acaso no os ha dicho el cardenal que quiere que os infiltréis? Vos mismo me lo contasteis.

–Sí...

–Bueno, pues alguien que se infiltra tiene que simular ser otro cuando en realidad es uno y, para simular ser otro, tiene que inventar cosas del otro y callar cosas del uno.

Niego con la cabeza y le hago un gesto con la mano. Todo lo que dice me parece demasiado confuso y laberíntico, de modo que respondo con otra pregunta para cambiar de tema:

–¿Qué opináis vos de los moriscos?

–Que no han tenido suerte.

–Maestro, ¿vos sois musulmán?

–¡Soy cristiano! ¿Cómo, si no, podría colaborar con un cardenal?

–Pero ¿es sincera vuestra actitud?

–¿Lo veis, Cervantes? ¿Blanco o negro? ¿Negro o blanco? Deberéis averiguarlo. ¿Vos qué creéis?

Sin duda, es un hombre misterioso. Sé, porque me lo ha explicado, que fue comerciante en su juventud y que viajó por el Mediterráneo. Sé también que tiene un pasado oscuro, porque se niega a contármelo. ¿Tiene mujer, tiene hijos, los tuvo? Se lo he preguntado varias veces, pero nunca responde. Cuando constato que en esta ocasión tampoco me va a responder, continúo la charla con comentarios sobre la lengua.

–Es melódica la lengua árabe...

–Sí.

–El alfabeto árabe es bello.

–No lo llaméis alfabeto, llamadlo alifato o abjad.

–Alifato, claro, con la primera letra, *'alif*.

–Eso es. Aprendéis rápido. Pronto distinguiréis entre blanco y negro, estoy seguro. –Interrumpe sus palabras con una risa ronca y sincera, espontánea. Me sobresalto, ya que, en los dos meses que llevamos compartiendo las horas de la mañana y las de la tarde, nunca lo había oído carcajearse–. El cardenal me ha ordenado que, una vez que conozcáis la lengua, se lo haga saber. Yo creo que, con la rapidez con que aprendéis, en poco tiempo más lo habréis logrado.

–¿De veras no sabéis hacia dónde me dirigiré?

Ricote sonrío con placer. Y me lanza una de sus miradas profundas y enigmáticas mientras me indica con el dedo los estantes de libros donde, lo sé porque me lo ha dicho ya en

varias ocasiones, se almacena la sabiduría de los grandes filósofos árabes.

–Yo no tengo la respuesta. Lo único que sé es que debéis seguir leyendo, y pensando... Acabaréis por descubrir que las cosas importantes se revelan cuando deben ser reveladas, ni antes ni después. Sólo hay algo que no debéis olvidar nunca...

Ha vuelto a poner ese tono que precede a las grandes revelaciones.

–¿Qué es?

–Nunca debéis olvidar, pase lo que pase, quién sois.

–¡Yo sé quién soy! –le contesto con energía.

–Bien, pues no lo olvidéis. Vayamos ahora a los números.

Repetid conmigo: *wahid*...

Aunque da la impresión de que se ha burlado de mi comentario, obedezco y comienzo a repetir los números:

–*Wahid*.

Pero mi voz ha perdido toda energía, y Ricote me lo recrimina elevando el tono en el número dos:

–*Athnyn*

De repente, veo en esa palabra una pista.

–*Athnyn?*

–*Athnyn!* –insiste con énfasis.

Me mira fijamente. Y yo repito: *athnyn*. Esa palabra estaba junto al garabato enigmático. Bueno, me voy acercando. Ahora ya sé que *athnyn* es «dos».

–*Thlath*... –prosigue él con el tres.

Se van combinando en armonía nuestras dos voces en una melodía monótona que se pasea por entre los volúmenes de la biblioteca y las paredes repletas de cuadros. Seguiré aprendiendo árabe hasta el momento justo en que los secretos me sean revelados, pero me quedo con varias ideas: en el papel donde está escrito el garabato en árabe hay también un «dos», las cosas pueden ser diferentes de lo que parecen ser y nunca debo olvidar quién soy.